

A R T E

Eternidad del arte español

V

POR RAMÓN D. FARALDO

L

A vida: otra razón seductora del arte español.

Toda manifestación artística noble es una forma de pasión por la vida. Es, tal vez, la expresión más intensa de que un ser vive, está viviendo o ha vivido. El ejercicio del arte, a diferencia de los trabajos mecánicos o burocráticos, no se explica más que en seres decididos a llevar su existencia a un grado supremo de intensidad. Un artista es capaz, en cierta forma, de crear vida de la manera más ambiciosa en que puede hacerlo un hombre. De la manera menos perecedera en todo caso. Por eso se llama creadores de los grandes plásticos, y ya se sabe que la función de crear es precisamente la que no puede ser ejercida más que por lo que vive.

A simple vista, pensaríamos que no exis-

te pintura más acompañada por la muerte que nuestra pintura. Nuestros artistas dibujaron con mucha frecuencia temas funerarios. Goya, «el Greco», Valdés Leal, Ribera hicieron de ellos motivo de muchos cuadros; ya en su aspecto físico, ya en su transfiguración celeste. «El Caballero del Conde de Orgaz» y la serie de pinturas negras de Goya, cuadros ejemplares del arte español, tratan este tema. La pintura española, que es la pintura del anti-desnudo, es también la pintura del morir.

Del morir «por no morir». Pues esta nota continua del arte español no fué para deleitarse viciosamente en la corrupción, como en Grunewald o en Brenghel, sino a fin de encontrar una fuerza, la más arrogante de todas, para vivir con más plenitud. Para triunfar de la nada, ya por el camino de la fe, como en Zurbarán y